

El Violentómetro

Cristina Rivera Garza

Tal vez nadie ha hecho más en México por identificar y, luego entonces, prevenir la violencia de género que la Dra. Martha Tronco, quien en 2007 propuso la creación del Programa Institucional de Gestión con Perspectiva de Género en el Instituto Politécnico Nacional. Una vez ahí, y con base en los resultados que obtuvo de la administración de 14,000 encuestas entre los estudiantes de la institución ideadas para recabar datos fidedignos sobre las dinámicas de agresión entre parejas, la Dra. Tronco elaboró en 2009 el violentómetro un artefacto en forma de regla que permite identificar con claridad la evolución de la peligrosidad de las conductas violentas, desde las bromas hirientes hasta el feminicidio, pasando también, y entre otros, por el control y los golpes. Elaborado con pocos recursos, pero con inigualable tesón, el violentómetro volvió legibles una serie de prácticas cotidianas que, con pasmosa frecuencia, se han confundido con conductas amorosas o cuya naturalización en nuestro entorno hace que pasen desapercibidas. No hay datos duros al respecto, pero si los hubiera se podría demostrar que, en la medida en que facilita el reconocimiento veraz e inmediato de la violencia de género, el violentómetro ha salvado tantas vidas como los antibióticos o las vacunas.

En *Sin marcas visibles: claves de la violencia de género que pueden salvarte la vida,* Rachel Snyder asegura que una de las peculiaridades de la violencia íntima de pareja es que a menudo se enuncia, cuando llega a enunciarse, con el poderoso lenguaje del amor romántico, contribuyendo así a confundir conductas controladoras, manipuladoras, dañinas y letales con muestras de apego extremo o de pasión desatada. Que tantos feminicidios del pasado hayan sido descritos como crímenes pasionales —esa narrativa que implícitamente culpa a la víctima y exonera al perpetrador— sólo confirma que las palabras, o más específicamente: la ausencia de palabras, matan también.

Nombrar a las cosas por su nombre requiere, con frecuencia, de nuevos nombres. Las movilizaciones feministas, y más generalmente de mujeres, han tomado la plaza pública con convicción y legítima furia durante las últimas décadas, convirtiéndose en una voz crítica y un compás moral de la realidad cotidiana, pero también han tomado de manera por demás significativa el lenguaje de todos, conminándolo a decir lo indecible. Y es ahí, en la tarea de identificar la violencia que se disfraza de “amor”, o de “cosa natural e inevitable”, o de “naturaleza humana”, donde el violentómetro alcanza su máxima potencia, una fuerza que es a la vez cultural, médica, y política.



Las cifras de víctimas de feminicidio son escalofriantes, y no solo en países como México u Honduras, donde 10 mujeres son asesinadas por razones de género cada día, sino también en lugares como Estados Unidos, donde 3 mujeres perecen a manos de sus parejas íntimas diariamente, con los números al alta durante la pandemia. Algunos denominan esta creciente mortandad como una epidemia silenciosa, pero tal vez Rita Segato tenía razón cuando la describía como evidencia de una guerra desatada contra las mujeres a nivel global. Los factores que contribuyen a la continuidad de la violencia contra las mujeres son múltiples, pero entre ellas debe contarse en primera instancia a la impunidad. De acuerdo con la organización México Evalúa, casi la totalidad de las víctimas de feminicidio en México durante 2024 no tuvieron acceso a la justicia. En la capital del país, por ejemplo, la impunidad alcanzó un 100 por ciento, un dato que no solo demuestra la incapacidad vergonzosa del Estado para proteger la seguridad de sus ciudadanas, sino que también envía un claro mensaje a los agresores: pueden atracar, insultar, golpear, dañar, y matar sin temer repercusión alguna por sus actos. A esto hay que añadirle que la alta tolerancia ante el sufrimiento de las mujeres sigue provocando que los familiares, amigos, vecinos, colegas de los agresores prefieran hacerse de la vista gorda, es decir, fingir ignorar algo que saben a ciencia cierta que está mal, con tal de no alterar el estado de las cosas. Además, la violencia de género se ha acallado históricamente con gran frecuencia, ya sea por considerarla coto de la vida privada (la ropa sucia se lava en casa) o ya por haberse convertido en un componente naturalizado de la cotidianeidad patriarcal.

Seguramente los y las diseñadoras que elaboraron los carteles que componen “30 alertas contra la violencia de género” tenían esto en mente cuando llevaron el violentómetro al campo de lo visual: nada como una imagen certera y poderosa para resaltar la amenaza constante y el peligro creciente de la violencia íntima de pareja. Adscritos a distintas instituciones, pero congregados en la Red Gráfica de Conciencia Social, estos trabajadores del diseño han facilitado como pocos la identificación pronta, casi visceral, de esa violencia tan escurridiza como patente que nos arrebata tantas vidas.

Martha Tronco, Emmanuel Mauro Castillo, Fabiola Vera Gasca, Abraham Méndez Gómez, Claudia Tello Arenas, Manuel Guerrero Salinas, Karla Blanco Esqueda, Alejandro Magallanes González, Lizbeth Rodríguez Mozo, Ricardo Vázquez Vázquez, María Elena Méndez Guzmán, Eduardo Barrera Arambarri, Nuria Meléndez Gámez, José Luis Hernández Díaz, Natalia Delgado Ávila, Santiago Robles Bonfil e Israel Reyes, Lourdes del Consuelo Zolezzi Horiuchi, José Luis Coyotl Mixcoatl, Leda Josselin Hernández López, Federico López Escalante, Belinda Ugalde Mellado, José Manuel Morelos Villegas, Elizabeth Román Sánchez, Elmer Sosa Herrera, Alicia Reyes Reséndiz, Sebastián Eduardo Condado Picazo, Ana Ivette Valenzuela Villareal, Andrés Mario Ramírez Cuevas, Eréndira Cristina

Mancilla González, Obed Meza Romero, María Aurora Berlanga Álvarez y Angie Soto Tinoco. Debería haber monumentos a su paso.

Sus nombres deberían colgar de manera visible en los andenes del metro y en las plazas y en los mercados y en los edificios de gobierno. Se tendrían que elaborar coplas sobre sus logros. Es cierto que la violencia de género es apabullante y demoledora, pero también es cierto que los esfuerzos por ganarle la batalla se suceden uno a otro, invencibles. Esperanzadores. Luminosos. Desde El Colegio Nacional, donde tuvimos el privilegio de su presencia durante las *Jornadas violencia, mujer y género* en 2024**,** va la más profunda admiración por su trabajo y el agradecimiento sincero por su visión, su solidaridad, y ese compromiso formidable y emocionante a la vez por crear un mundo sin violencia para las mujeres y hombres del futuro.